

Compañía. Vivir de limosnas en tanto número parecía imposible en tiempos de guerras y esterilidad, cuando muchas familias acomodadas no tenían lo suficiente para vivir según su clase. Aconsejábanle algunos, que enviase una parte de los italianos á Sicilia, donde la Compañía estaba aún en pie; y á otros á sus propias casas. No agradó al P. José ni uno ni otro partido, y los rechazó á la par, prefiriendo, á fuer de obediente al Vicario de Jesucristo, conservar lo más que pudiera unidos á sus súbditos en el estado pontificio.

Por lo que tocaba á los españoles, proponíanle algunos que suplicase al rey de España les concediese de nuevo la pensión, que, por haber vuelto á la Compañía en Nápoles, se les había quitado. Á muchos parecía que no era imposible obtener derogación ó dispensa: y al mismo P. Pignatelli le acababan de escribir de Madrid personajes de cuenta, que podía estar seguro de salir con su pretension, si lo pidiera. Mas el Siervo de Dios se negó á ello con tal resolución, que ni argumentos ni autoridades lograron hacerle variar un ápice de ella. Uno hubo, que aconsejándose con la poquedad de su espíritu, muy en secreto gestionó por medio de amigos, para que le dieran la asignación, y se le negó: supolo el P. Pignatelli, y lo sintió en el alma: y á aquel sujeto y á cuantos estuviesen dispuestos á imitarle dijo en tono profético, que les saldría caro el conseguir lo que deseaban: y pronto veremos cuán fundado y verdadero fue tal preuncio.

Superior, pues, á todo lo criado, solamente en Dios ponía su confianza, solo en él reposaba aquella alma grande; y á medida que eran más escasos los humanos auxilios, tanto mayor y más infalible socorro se prometía de Dios. Muy al principio de su permanencia en Roma, yendo á visitar al cardenal Ruffo, desterrado también de Nápoles, de donde era arzobispo, recibió de su generosidad la oferta de doscientos ducados; limosna, que valía diez veces más de lo que representaba, atendida la penuria del donador, despojado de todos sus haberes. Con más consideración á la pobreza del cardenal que á la suya propia, rehusó el Padre

Pignatelli modestamente aquel donativo; mas de nada le sirvió su miramiento; pues conociéndole el cardenal, calló; y cuando se hubo retirado el Padre, le envió á casa con un familiar aquella suma, que más tarde tuvo ocasión de restituir duplicada el Siervo de Dios, en momentos de grave apuro para el cardenal, como se verá después.

Á medida de su confianza eran los socorros que por caminos ocultos le enviaba Dios, y no pocas veces como milagrosamente; así es que solía decir con frecuencia que en el mundo no había hombre más rico que él, porque tenía todo su capital en los tesoros de la divina providencia, que por ser infinitos, no se agotan jamás. Preguntándole un día cierto Padre italiano si se atrevería á asegurar á cada uno de sus súbditos una asignación igual á la que habían renunciado al entrar de nuevo en la Compañía, respondió, sin titubear, que sí; porque toda su confianza descansaba en las promesas divinas.

Así es que á muchos de los que no cesaban de maravillarse, ni acertaban á comprender de dónde le llegaban tantos socorros, el buen Padre, apenado por su poca fe, les decía: «No os admiréis. Lo que veis que Dios hace con nosotros, es muy conforme á las promesas que Jesucristo nos dejó en su evangelio: «No os angustiéis por lo que habéis de comer y vestir: ya sabe vuestro Padre, que tenéis necesidad de ello. Buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia: y lo demás se os dará por añadidura.» Dios mantiene las más viles criaturas de la tierra, y provee con abundancia á tantos hombres que se le rebelan y son sus enemigos: ¿cómo queréis que no tenga cuidado de sus siervos, y poco ó nada le importe de estos venerables ancianos, que solo por amor suyo y por vivir y morir fieles á su santa vocación, han abandonado toda comodidad y regalo de la vida, y abrazado la mortificación y pobreza de Jesucristo? Observemos nuestras reglas, conservemos en todo su vigor la regular observancia, procuremos propagar con toda diligencia la gloria divina, y atendamos á la salvación de nuestros prójimos; y no temamos que nos falte jamás en lo temporal la generosa mano del Señor.

Aquí tenemos una gran prueba de ello. Estamos en Roma sin casa, sin capital, sin rentas; y á pesar de todo estamos mejor que en Nápoles, donde tantos disgustos me ocasionó la administración de bienes. De esta manera pretende el Señor darnos á entender que no tenemos de colocar nuestra confianza en la proteccion y riquezas de los grandes de la tierra, sino únicamente en él, enseñándonos prácticamente que la profesion de la pobreza evangélica es el fondo más seguro é infalible para quien se ha consagrado al servicio divino en la religion.»

Esto decía el buen Padre con expresiones de singular afecto y ternísima gratitud hacia el supremo dador de todo bien. Y los efectos manifestaron que no era baldía su confianza; pues asegura el P. Mozzi, testigo de vista, que el P. Pignatelli en Roma no solo tuvo siempre lo bastante para proveer á los suyos, sino que le sobró; y tanto, que pudo dar limosna á cuantos se la pidieron ó en público ó en privado, que fueron muchos.

Uno de los medios con que proveyó el cielo á las necesidades del P. José y de los suyos, fue la señora duquesa de Villahermosa: la cual en cuanto supo la expulsion de Nápoles y la entrada de su tío en Roma, le escribió pidiéndole lista de todos los Padres y Hermanos, cuya manutencion corría á su cargo, para enviarle los socorros convenientes. La noticia de este rasgo de caridad de D.<sup>a</sup> María Manuela produjo tan buena impresion en el ánimo de todos los súbditos del Siervo de Dios, que no pudieron menos de quedar completamente seguros de que nada les faltaría para su decente manutencion, especialmente mientras Dios les conservase al Provincial P. Pignatelli<sup>1</sup>.

Apenas se divulgó por Roma la nueva de que Pío VII había acogido benignamente á los Padres de la Compañía desterrados de Nápoles, varios ministros y embajadores acudieron á darle sus quejas, reproduciendo las ordinarias razones de la condicion de los tiempos, del amor de la paz, del mayor bien de la Iglesia, á la que tenían declarada la guerra y perseguían en su ca-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 363.

beza y en sus miembros; y ahora fingían quererla librar de todo disturbio, á trueque de hacer daño á los jesuitas. Conocieron bien pronto que esta astucia con antifaz de celo no les valía; y apelaron casi á la fuerza, amenazando con enajenacion de voluntades y resentimientos de Príncipes; pero Pío VII, pontífice de gran corazon y dotado de una alma invicta, como á su pesar lo experimentó quien con una amenaza creyó tenerle poco menos que amilanado y temblando á sus pies, no era persona que se dejaba arrastrar de lisonjas ni amedrentar por amenazas; así que no les hizo caso alguno.

Despechados ellos, pesentáronse juntos para renovar en cuerpo el asalto. No pudo él contener su celo por la defensa de la justa causa, y con voz entera y con aire de autoridad dijo: «¿Hasta cuándo se pretenderá, contra los fueros de la razon y justicia, oprimir á la inocencia? No se puede culpar á los Padres de la Compañía de delito alguno; antes por el contrario, se los declara públicamente sin culpa: y á pesar de eso, se los condena y expulsa con decreto público y como á delincuentes. Calumniados y perseguidos en todas partes, buscan refugio en el seno del comun pastor y padre, y ¿se pretenderá que este, olvidando sus deberes, su grado, y hasta su misma conciencia, los arroje y aparte de su lado?»

«Se los destierra expresamente á nuestros estados, como lo dejan ver los pasaportes, que traen firmados por la autoridad pública; y esto no obstante, se viene á suplicar que no sean admitidos..... Protestamos delante de Dios y de los hombres, que tenemos un estricto deber de auxiliar á estos hijos dispersos, tanto más acreedores á nuestro amor, cuanto más fiera é injustamente los abomina el mundo. Hasta donde se ha podido, salva la conciencia, hemos contemporizado con la perversidad de los tiempos; y les hemos prescrito manera de vivir y regla de conducta, á la que pronta y gustosamente se han sometido; y ya que el hábito y el nombre son una especie de espantajo que asombra á muchos, vestirán y en lo exterior vivirán en todo como simples clérigos seculares.»

«Por lo demás, ellos ni pretenden cargos, ni dignidades, ni rentas, y ni siquiera sus antiguas casas, y solo quieren un sitio donde vivir en paz; y lo que no suele negarse á gente extranjera y bárbara, no se puede negar á hombres cristianos, á sacerdotes y ministros de Dios. El Sumo Pontífice, á quien por tantos y tan estrechos vínculos están unidos, ejercerá con ellos la caridad y la justicia, virtudes que no pueden separarse jamás en el supremo pastor de los fieles. Clemente XIII acogió y hospedó en el estado eclesiástico á los jesuitas expulsados de Portugal y España: á tales ejemplos de nuestros predecesores nos debemos y queremos atener, porque deseamos ser herederos no solo de su dignidad, sino tambien de sus virtudes.»

Que esta fue la peroracion del Padre Santo, sábase por el mismo P. Pignatelli, á quien la refirió él por entero pocos días después. Verdad es que ni con esto se aquietaron los ministros y embajadores; pues en otras ocasiones renovaron el ataque, aunque en vano siempre; porque ó no se dignó el Pontífice de darles respuesta, ó los despachó en breves palabras cortando el hilo de sus quejas.

No dejaba el Señor sin consuelos particulares á su fidelísimo siervo en medio de tantos sinsabores: y no fue el menor de todos, el que por este tiempo le proporcionó la conducta heroica de algunos novicios napolitanos, que por serlo, tuvieron que ser enviados á sus casas al ejecutarse la orden de la expulsion. Cuatro de ellos, jóvenes de grande espíritu y muy firmes en su vocacion, se fugaron de su patria; y desviándose del camino, anduvieron errantes por senderos no conocidos, hasta tanto que les fue posible sustraerse á la vigilancia de los espías y refugiarse uno tras otro en Roma, donde fueron acogidos por el P. Pignatelli con demostraciones de ternísimo afecto.

Más astuta y generosa aún fue la fuga de otro, muy digno de que se le ponga en parangon con aquellos fervorosos novicios, cuyos ejemplos de fortaleza insuperable quedan referidos. Volvió dicho joven á Ischia, su patria, vestido de seglar; y no logrando un momento de reposo, desde que por pura fuerza había dejado

de ser jesuíta, fletó una barquichuela, y dentro de ella en traje de barquero anduvo costeando con un par de remos por la playa de Nápoles, recorrida á la sazón por buques ingleses, que impedían el acercarse á la ciudad. Apenas le echaron de ver, le prendieron, creyéndole espía: esto era precisamente lo que él buscaba: enviáronle á Malta, le interrogaron de mil maneras, y en nada le pudieron probar culpable. Allí pidió á poco y logró el pasaje á Sicilia en la flota inglesa; y llegando á Palermo, y reconociéndole los Padres, fue admitido con grande entusiasmo en aquel noviciado, como realmente lo merecía.

No fue de menor gozo para el P. José lo ocurrido en la fiesta de San Ignacio á 31 de Julio. Aunque no existían hasta ahora en Roma jesuitas, que después de la extincion se hubiesen incorporado de nuevo en la Compañía; eran sin embargo en gran número los secularizados que habitaban ó en casas particulares, ó varios reunidos en alguna de las antiguas casas ó colegios, donde ejercían los ministerios de la enseñanza y de confesar y predicar. Estos solían todos los años celebrar la fiesta del fundador con la solemnidad y aparato que las circunstancias permitían. Este de 1806, aunque la agitacion producida por la llegada de los expulsados de Nápoles daba pie para temer que las fiestas acostumbradas carecerían del esplendor de los años anteriores; sucedió todo al revés de lo que los cálculos de los hombres permitían esperar; y las circunstancias que las acompañaron parecieron revestir algo de milagroso. Cederé la palabra en este punto al P. Luengo, testigo ocular de lo acontecido.

«En este mismo día,» dice<sup>1</sup>, «en que se ha celebrado en la iglesia del Jesús la fiesta de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía, han hecho los santos jesuitas otro milagro muy grande, aunque pocos reparan en él. Con esta expulsion de los jesuitas de Nápoles entienden todos que ellos no son menos aborrecidos por los franceses, que por los españoles; no menos abatidos y pisados con órdenes y decretos de la corte de París,

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 40, pág. 312.

que con pragmáticas de la de Madrid; en suma, todos ven que los jesuitas son despreciados y perseguidos por las dos grandes cortes de Francia y España, que en el día son las únicas que mandan en Roma, y tienen una absoluta influencia en todos sus negocios.»

«Era, pues, natural que todos, mirándolos como gente apesada, huyesen de ellos, y no quisiesen dar muestra alguna de que aman y estiman á quienes aborrecen y desprecian cortes y príncipes tan grandes..... Y con todo eso, en este su estado de abatimiento y opresion, la fiesta de su padre San Ignacio ha sido lucidísima en todo, sin que sus hijos tengan influencia alguna particular en ella. ¿Y no es este un milagro del cielo, obstinándose muchos, por decirlo así, en amar y estimar á los jesuitas, cuando todo humanamente inclina y casi fuerza á despreciarlos y aborrecerlos?»

«En los días antecedentes á la fiesta del Santo Patriarca se ha hecho la acostumbrada novena, predicando en ella todos los días el señor obispo de Verona D. Juan Andrés Avogadro, después P. Avogadro en Nápoles, y otra vez Illmo. en Roma; y la ha predicado en traje de obispo. Me consta que el P. Provincial Pignatelli, y otros muchos, se han disgustado de que el Ilustrísimo haya predicado en esta novena del Patriarca, porque el Papa les quiere, por decirlo así, invisibles, y le disgusta que comparezcan y metan bulla. Pero no se ha podido impedir, por haber entrado con mucha fuerza en este empeño el cardenal Somaglia, Vicario de Roma, que mirándolos como sacerdotes seculares, es su inmediato Superior: y no deja de ser cosa notable, que este cardenal Somaglia, ántes todo Paccanarista y declarado protector del Padre fundador Paccanari, se haya aficionado tanto á los jesuitas en tales circunstancias, y siendo, por su nacimiento en Plasencia, del imperio francés y vasallo de Bonaparte.»

«El concurso á la novena fue mayor del que he visto otros años: y el Illmo. ha predicado muy bien en todo con mucho celo y fervor; y no se ha detenido en atacar con fuerza el rigorismo

y filosofismo, que al presente son las dos sectas dominantes en toda la Europa..... Nuevo mérito del odio de los franceses: y no se olvidarán de él en el caso de que se apoderen de este estado, y los echarán ignominiosamente de aquella casa del Jesús, y acaso de Roma y de todo el dominio de la Iglesia, y con ellos juntamente á todos los jesuitas extranjeros. Yo lo temo todo, si llegan á apoderarse de Roma, y de su gobierno, como verosíblemente sucederá.»

«En la fiesta del día, el adorno de la iglesia, la iluminacion del altar del Santo, la música y la misa cantada por un obispo, todo ha sido por lo menos con la magnificencia que otros años; y en algunas de las dichas cosas me ha parecido mayor, y además de esto en dos circunstancias ha sido singular la fiesta de este año. Una es el sermón panegírico del santo Patriarca. Monseñor Escarpeli, que vive regularmente en Ímola y Bolonia, distantes de Roma sesenta leguas, se ofreció espontáneamente por sí mismo á predicar este año en la iglesia del Jesús el sermón del santo Patriarca, y en aire de hombre que lo deseaba, como si fuera para él una cosa de mucho honor.»

«Parando aquí, es ya una circunstancia bien singular; pues no oigo que prelados y obispos, ausentes ni presentes, se ofrezcan á predicar los sermones panegíricos de fundadores de otros religiosos, aunque no estén tan aborrecidos, como los jesuitas, de los que mandan en el mundo. Se admitió con el debido aprecio su oferta; y efectivamente ha predicado hoy el sermón panegírico del Santo; y este ha sido bueno con alguna particularidad en todo lo que es comun á otros sermones, y singularísimo en el asunto, que inmediatamente ha tocado á la Compañía de Jesús, y de resultas á San Ignacio su fundador.»

«Su sermón ha sido una exposicion verídica y jugosa de los primores del Instituto de la Compañía de Jesús con encarecidos elogios en tiempo y sazón; y por aquí sin decir casi nada de las acciones personales de San Ignacio, le hizo aparecer un alma grande, un hombre extraordinario, un héroe de la religion. Todo, pues, predicador, sermón, asunto de él, y modo de tra-

tarle, ha sido singular y de mucho honor para la abatida Compañía de Jesús, y para sus perseguidos hijos.»

«La otra circunstancia singular de esta fiesta ha sido un concurso extraordinario de gente á todas las cosas de ella. La fama del predicador fue un nuevo motivo para que acudiese mucha gente á oírle; y así fue extraordinarísimo el concurso aun de cardenales y de otras personas autorizadas. Igual ó poco menos fue el concurso del pueblo á las vísperas de los dos días; y esta tarde era tanta la gente, que absolutamente no se podía romper por la iglesia: y se debe tener presente que no es hoy día de fiesta, cuando todos están desocupados; sino de labor ó de trabajo, en el que cada uno atiende á su oficio.»

«Siempre acude bastante gente á las fiestas principales de esta iglesia del Jesús; pero otros muchos han notado, como yo, que jamás en día de labor ha habido un concurso de gente tan grande y tan numeroso como este año: y en él debía de ser mucho menor que en los antecedentes; pues con la expulsión de los jesuitas napolitanos, aun el vulgo más ignorante ha llegado á entender que la Francia, que manda en todo el mundo, y despóticamente en Roma, los infama, los oprime y les mira como enemigos. Y ¿no es este un milagro verdadero de los santos jesuitas, que en tales circunstancias de sus hermanos se les den muestras tan particulares de afecto y estimación?»

Á la fiesta de San Ignacio siguieron las celebradas durante los días 11, 12, y 13 de Setiembre en la iglesia del Jesús, que fue la designada para el triduo de acción de gracias por la beatificación del P. Francisco de Jerónimo. Acudieron á celebrar varios señores cardenales, muchos prelados y sacerdotes distinguidos y algunos centenares de jesuitas de todas las naciones. «El primer día por la mañana pronunció el panegírico el Ilustrísimo Avogadro, que vivía en el Jesús; el segundo predicó el Illmo. Joaquín Fossi, obispo de Anagni, y por la tarde visitó el Papa la iglesia del Jesús; el tercer día tuvo el sermón el Ilustrísimo Benito Finaya, arzobispo de Filippis y vicegerente del cardenal Vicario: otros tres obispos celebraron de pontifical. Can-

tóse el último día un solemne *Te Deum* con escogida música, al cual asistió un inmenso gentío. Cargó con todos los gastos de las fiestas el P. Pignatelli, á quien ayudaron los jesuitas españoles, que conocían bien su pobreza y falta de recursos. Los gastos del *Te Deum* los sufragó su grande amigo Abundio Rezzónico, senador de Roma<sup>1</sup>.»

Con esta singular providencia velaba el Señor por sus siervos tan perseguidos por las potestades de la tierra. Entretanto reconocía el P. Pignatelli la necesidad de dar pábulo al celo de sus hijos, é impedir que la inacción viniese á enflaquecer el vigor de su espíritu. Ocuparlos á todos dentro del recinto de la ciudad, esta cosa en aquellas azarosas circunstancias poco menos que imposible. Enviarlos á Sicilia no se ajustaba con la voluntad expresa del Pontífice, que deseaba se conservasen reunidos en el estado de la Iglesia. Cómo al fin logró el P. Pignatelli distribuirlos y ocuparlos, se dirá en el capítulo siguiente.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 383.